

TABACO PICADO

A los pocos días supo Amparo en la Granera, convento laico donde nada se ignora, que Chinto andaba pretendiendo ingresar en el taller de la picadura. Empezó á correr y comentarse en la Fábrica la leyenda del mozo transido de amor, que por estar cerca de su adorado tormento se metía en los infiernos del picado, en el lugar doliente á cuya puerta hay que dejar toda esperanza. De qué manera se las compuso Chinto para lograr su deseo, no hace al caso: lo cierto es que obtuvo la plaza, y que Amparo se lo encontró frecuentemente á la entrada y á la salida, triste como can apaleado por su amo, y sin que le dijese nunca más palabras que "Adiós, mujer... vayas muy dichosa.". No cabía que Amparo, generosa de suyo, dejase de ser la primera en trabar otra vez conversación con él: hablaron de cosas indiferentes, de sus respectivas labores, y Amparo prometió visitar el taller de Chinto, que con venir diariamente á la Granera, no lo conocía aún.

La Comadreja la acompañó en la visita. Des-

cendieron juntos al piso inferior, con propósito de aprovechar la ocasión y verlo todo. Si los pillos eran el Paraíso y los cigarros comunes el Purgatorio, la analogía continuaba en los talleres bajos, que merecían el nombre de Infierno. Es verdad que abajo estaban las largas salas del oreo, y sus simétricos y pulcros estantes; el despacho del jefe y el cuadro de las armas de España, trabajadas con cigarros, orgullo de la Fábrica; los almacenes; las oficinas; pero también el lóbrego taller del desvenado y el espantoso taller de la picadura.

En el taller del desvenado daba frío ver, agazapadas sobre las negras baldosas y bajo sombra bóveda, sostenida por arcos de mampostería y algo semejante á una cripta sepulcral, muchas mujeres, viejas la mayor parte, hundidas hasta la cintura en montones de hoja de tabaco, que revolvían con sus manos trémulas, separando la vena de la hoja. Otras empujaban enormes panes de prensado, del tamaño y forma de una rueda de molino, arrimándolos á la pared para que esperasen el turno de ser escogidos y desvenados. La atmósfera era á la vez espesa y glacial. La Comadreja andaba á saltos por no pisar el tabaco, y á veces llamaba por su nombre á una de las desvenadoras.

—¡Hola... señora Porcona! — exclamó dirigiéndose á una que parecía tener los párpados en carne viva y los labios blancos y colgantes, con lo cual hacía la más extraña y espantable figura del mundo. — ¡Hola!... ¿Cómo le va? ¿Cómo están esos parientes? Tú no sabes — añadió

volviéndose á Amparo — que la señora Porcona es parienta, muy parienta, del señor de las Guinderas, aquel tan rico que tiene dos hijas y vive en el Malecón, y viene aquí á veces; y él se empeña en negarlo y en no darle un ochavo; pero ella se lo ha de ir á cantar á las hijas el día que vayan más majas por el paseo. ¿Verdá, señora Porcona?

—Yyyy... y es como el Evangelio, hiiigas... — contestó una voz temblona como el balido de la cabra, y aguardentosa además.

—Explíquenos el parentesco, ande — sugirió Amparo prestándose á la broma de su amiga.

La vieja alzó sus manos sarmentosas, se las pasó por los sangrientos ojos, y con muchas oscilaciones del labio inferior:

—Aunque... Diiios en persona estuviese allí — pronunció señalando á uno de los gigantes panes de tabaco — yo no he de contar mentira. Oid, espectadores del caso. Es de saber que el padre del padre de mi madre, ó quiérese decir mi bisabuelo, digo, el abuelo de mis padres, era cuñado carnal, ó quiérese decir, medio hermano, de la abuela de la madre política del señor de las Guinderas... De modo y manera es, que yo vengo á ser parienta de muy cerquita, por la infinidá de la sangre...

—Y es mucha picardía que no le den siquiera un realito diario para aguardiente — sugirió malignamente la Comadreja.

—¡Aaaa... guardiente! — clamó la vieja acentuando el trémolo. ¡Diera Diiios pan!

—Vamos, que un sorbito ya entró.

—Ni maldito olor dél me llegó tansiquiera: y eso que á mis añitos, hiiigas.. ya os gustará calentar el estómago, que se pone como la pura nieve.

—¿Qué años tendrá, señora Porcona? Sin mentir.

—¡Busssss!—pronunció la desvenadora. Así Dios me salve, ni sé de verdad el año que nació. Pero...—y bajó la temblona voz—sepades que cuando se puso aquí la frábica, de las diez y seis primeritas fui yo que aquí trabajaron...

—¡Dónde irá la fecha!—murmuró la Comadreja. Amparo la tiró del brazo, horrorizada de aquella imagen de la decrepitud que se le aparecía como vaga visión del porvenir. Recorrieron la sala de oreos, donde miles de mazos de cigarros se hallaban colocados en fila, y los almacenes, henchidos de bocoyes, que, amontonados en la sombra, parecen sillares de algún ciclópeo edificio, y de altas maniguetas de tabaco filipino envueltas en sus finos miriñaques de tela vegetal; atravesaron los corredores atestados de cajones de blanco pino, dispuestos para el envase, y el patio interior lleno de due-las y aros sueltos de destrozadas pipas; y por último, pararon en los talleres de la picadura.

Dentro de una habitación caleada, pero ne-gruzca ya por todas partes, y donde apenas se filtraba luz al traves de los vidrios sucios de alta ventana, vieron las dos muchachas hasta veinte hombres vestidos con zaragüelles de lienzo muy remangados y camisa de estopa muy abierta, y saltando sin cesar. El tabaco los

rodeaba: habíalos metidos en él hasta media pierna: á todos les volaba por hombros, cuello y manos, y en la atmósfera flotaban remolinos de él. Los trabajadores estribaban en la punta de los piés, y lo que se movía para brincar era el resto del cuerpo, merced á repetido y automático esfuerzo de los músculos; el punto de apoyo permanecía fijo. Cada dos hombres tenían ante sí una mesa ó tablero, y mientras el uno, saltando con rapidez, subía y bajaba la cuchilla picando la hoja, el otro, con los brazos enterrados en el tabaco, lo revolvía para que el ya picado fuese deslizándose y quedase sólo en la mesa el entero, operación que requería gran agilidad y tino, porque era fácil que al caer la cuchilla segase los dedos ó la mano que encontrara á su alcance. Como se trabajaba á destajo, los picadores no se daban punto de reposo: corría el sudor de todos los poros de su miserable cuerpo, y la ligereza del traje y violencia de las actitudes patentizaba la delgadez de sus miembros, el hundimiento del jadeante esternón, la pobreza de las garrosas canillas, el térreo color de las consumidas carnes. Desde la puerta, el primer golpe de vista era singular: aquellos hombres, medio desnudos, color de tabaco, y rebotando como pelotas, semejaban indios cumpliendo alguna ceremonia ó rito de sus extraños cultos. A Amparo no se le ocurrió este símil, pero gritó:

—Jesús... Parecen monos.

Chinto, al ver á las muchachas, se paró de pronto, y soltando el mango de la cuchilla, y

sacudiéndose el tabaco, como un perro cuando sale de bañarse sacude el agua, se les acercó todo sudoroso, y con un sobrealiento terrible:

—Aquí se trabaja firme...—dijo con ronca voz y aire de taco.—Se trabaja...—prosiguió jactanciosamente—y se gana el pan con los puños... ¡Se trabaja de Dios, conchas!

—Estás bonito; parece que te chuparon—exclamó la Comadreja, mientras Amparo lo miraba entre compadecida y asquillosa, admirándose de los estragos que en tan poco tiempo había hecho en él su perruno oficio. Le sobresalía la nuez, y bajo la grosera camisa se pronunciaban los omóplatos y el cúbito. Su tez tenía matices de cera, y á trechos manchas hepáticas; sus ojos parecían pálidos y grandes con relación á su cara enflaquecida.

—Pero, bruto—exclamó la Tribuna con bondadoso acento—estás sudando como un toro, y te plantas aquí entre puertas, en este pasillo tan ventilado... para coger la muerte.

—Boh...—y el mozo se encogió de hombros.—Si reparásemos á eso... Todo el día de Dios estamos aquí saliendo y entrando, y las puertas abiertas, y frío de aquí y frío de allí... Mira onde afilamos la cuchilla.

Y señaló una rueda de amolar colocada en el mismo patio.

—La calor y el abrigo, por dentro... Ya se sabe que en no teniendo aquí una gota...—y se dió una palmada en el diafragma.

—Asíapestas, maldito—observó Ana.—Anda,

que no sé qué substancia le sacáis al condenado vinazo.

—Antes—pronunció sentenciosamente Amparo—sólo probabas vino algún día de fiesta que otro... Pues aquí no tienes por qué tomar vicios, que, gracias á Dios, la borrachera, á las cigarreras, poco daño nos hace...

—Las de arriba bien habláis, bien habláis... Si os metieran en estos trabajitos... Para lo que hacéis, que es labor de señoritas, con agua basta... Quiérese decir, vamos... que un hombre no ha de ponerse chispo; pero un rifigelio... un tentacá... ¿Queréis ver cómo bailo?

Volvió á manejar la cuchilla, mostrando su agilidad y fuerza en el duro ejercicio. De esta entrevista quedaron reconciliados la pitillera y el picador, que la acompañó algunas veces por la cuesta de San Hilario abajo, sin renovar sus pretensiones amorosas.

EL CARNAVAL DE LAS CIGARRERAS

U nos días antes de Carnavales se anuncia en la Fábrica la llegada del *tiempo loco* por bromas de buen género que se dan entre sí las operarias. Infeliz de la que, fiada en un engañoso recado, se aparta de su taller un minuto; á la vuelta la falta su silla, y vaya V. á encontrarla en aquel vasto océano de sillas y de mujeres que gritan á coro: "Atrás te queda.—Delante te queda..". A las víctimas de estos alegres deportes les resta el recurso de llevar bien escondido debajo del mantón un puntiagudo cuerno, y enseñarlo, por vía de desquite, á quien se divierte con ellas. También se puede, por medio de una tira estrecha de papel y un alfiler doblado á manera de gancho, aplicar una *lârgala* en la cintura, ó estampar, con cartón recortado y untado de tiza, la figura de un borriquito en la espalda. Otro chasco favorito de la Fábrica es, averiguado el número del billete de lotería que tomó alguna bobalicona, hacerla creer que está premiado. Todos los años se re-

piten las mismas gracias, con igual éxito y causando idéntica algazara y regocijo.

Pero el jueves de Comadres es el día señalado entre todos para divertirse y echar abajo los talleres. Desde por la mañana llegan las cestas con los disfraces; y obtenido el permiso para bailar y formar comparsas, las obscuras y tristes salas se trasforman. El Carnaval que siguió al verano en que ocurrieron los sucesos de la Unión del Norte se distinguió por su animación y bullicio; hubo nada menos que cinco comparsas, todas extremadas y lucidas. Dos eran de mozas y mozos del país, vestidos con ricos trajes que traían prestados de las aldeas cercanas; otra, de grumetes; otra, de *señoritos* y *señoras*, y la última comparsa era una estudiantina. Las dos de labradores se diferenciaban mucho. En la primera se había buscado, ante todo, el lujo del atavío y la gallardía del cuerpo; las cigarreras más altas y bien formadas vestían con suma gracia el calzón de rizo, la chaqueta de paño, las polainas respunteadas y la montera ornada con su refulgente pluma de pavo real; y para las mozas se habían elegido las muchachas más frescas y lindas, que lo parecían doblemente con el dengue de escarlata y la cofia ceñida con cinta de seda. La segunda comparsa aspiraba, más que á la bizarria del traje, á representar fielmente ciertos tipos de la comarca. Enrollada la saya en torno de la cintura; tocada la cabeza con un pañuelo de lana, cuyos flecos le formaban caprichosa aureola; asido el ramo de tejo, de cuyas ramas

pendían rosquillas, ved á la peregrina que va á la romería famosa á que no se eximen de concurrir, según el dicho popular, ni los muertos; á su lado, con largo redingote negro, gruesa cadena de similor, barba corrida y hongo de anchas alas, el *indiano*; acompañanle dos mozos de las Rías Saladas, luciendo su traje híbrido, pantalón azul con cuchillos castaños, chaleco de paño con enorme *sacramento* de bayeta en la espalda, faja morada, sombrero de paja con cinta de lana roja. Los estudiantes habían improvisado manteos con sayas negras, y tricornos de cartón con cuchara y tenedor de palo cruzados completaban el avío; los grumetes tenían sencillos trajes de lienzo blanco y cuellos azules; en cuanto á la comparsa de *señores*, había en ella un poco de todo, guantes sucios, sombreros ajados, vestidos de baile ya marchitos, mucho abanico y antifaces de terciopelo.

En mitad del taller de cigarros comunes se formó un corro y se alzó gran vocerío alrededor de la *Mincha*, barrendera vieja, pequeña, redonda como una tinaja, que bailaba vestida de moharracho, con dos enormes jorobas postizas, un serón por corona, una escoba por cetro, un ruedo por manto real, la cara tiznada de hollín, y un letrero en la espalda que decía en letras gordas: "Viva la broma.", Incansable, pegaba brincos y más brincos, llevando el compás con el cuento de la escoba sobre las carcomidas tablas del piso. Pero bien pronto le robó la atención de sus admiradoras la estudiantina,

que estaba toda encaramada en una mesa de metro y medio de largo por un metro escaso de ancho. Cómo danzaban allí unas doce chicas, es difícil decirlo; ellas danzaban, acompañándose con panderetas y castañuelas y coreando al mismo tiempo habaneras y polcas. En aquella comparsa, la más alborotadora y risueña, figuraba Guardiania. Nunca el júbilo y la feliz imprevisión de los pocos años brillaron como en el rostro de la pobre chica, que á tan poca costa y con tan poca cosa divertía sus penas. Era la valerosa pitillera chiquita y delgada; tenía á la sazón el rostro encendido, ladeado el tricornio, y con picaresco ademán repicaba un pandero roto ya, y muy engalanado de cintas.

Ana y Amparo figuraban entre los grumetes. La Comadreja hacía un grumete chusco, travieso y cínico; Amparo, el más hermoso muchacho que imaginarse pueda. Todo lo que su figura tenía de plebeya lo disimulaba el traje masculino; ni las gruesas muñecas, ni el recio pelo dañaban á su gentileza, que era de cierto notable y extraordinaria. La comparsa recorrió los talleres, bailando y cantando, recibiendo bromas de las señoras, y alegrando la obscuridad de las salas con la nota blanca y azul de sus trajes. Sin embargo, no se podía dudar que la victoria quedaba por los labradores. A la cabeza de éstos estaba una mujer, casada ya, celebrada por buena moza, Rosa, la que llenaba con mayor presteza los faroles de picadura. Con el traje propio de su sexo, Rosa era un tanto corpulenta en demasía; con el de labra-

dor no había que pedirle. La camisa de lienzo labrado dibujaba su ancho pecho; el calzón se ajustaba á maravilla á sus bien proporcionadas caderas; pendiente del cuello llevaba un ancho escapulario de raso bordado de lentejuelas y sedas de colores. Debajo de la montera, un pañuelo de fular azul, atado á la usanza de los labriegos, la encubría el pelo. Apoyábase en la *moca* ó porra claveteada de clavos de plata, y con acento melancólico y prolongado, cantaba una copla del país, y contestábala desde enfrente una morenita vestida de ribereño, con su chaleco muy guarnecido de botones de filigrana y su faja recamada de pájaros y flores extravagantes, *echando la firma*, consistente en tres versos irregulares, improvisados siempre, con sujeción al asunto de la copla; al concluir la *firma*, salían del corro de espectadores varios ¡ju... jurujú! agudísimos. Lo que hacía maravilloso efecto era oír, en los intervalos que callaban las cantoras, unas malagueñas resonando en el otro extremo de la sala, mientras por su parte la estudiantina se consagraba á las habaneras, cual si la anarquía de los trajes se comunicase á las canciones. En la comparsa de las señoras había una chica poseedora de bien timbrada voz y de muchísimo donaire para las coplas propias de la ciudad, tan distintas de las rurales, que al paso que en éstas las vocales se alargan cómo un gemido, en las otras se pronuncian brevemente, produciendo al final de algunos versos una inflexión burlesca:

«En el medio de la mar
Suspiraba una ballenaú,
Y entre suspiros deciaú:
Muchachas de Cartagená.»

¿Y quién tenía valor para trabajar en medio de la bulliciosa carnavalada? Algunas operarias hubo que al principio se encarnizaron en la labor, bajando la cabeza por no ver las máscaras; pero á eso de las tres de la tarde, cuando la inocente saturnal llegaba á su apogeo, las manos cruzadas descansaban sobre la tabla de liar, y los ojos no sabían apartarse de los coros de baile y canto. Ocurrió un incidente cómico: el taller del desvenado quiso echar su cuarto á espadas, y organizó una comparsa numerosa; empeñáronse en formar parte de ella las más ancianas, las más infelices, y la mascarada se improvisó de la manera siguiente: envolviéndose todas por la cabeza los mantones, sin dejar asomar más que la nariz ó una horrible careta de cartón, y colocándose en doble fila, haciendo de batidores cuatro que llevaban cogida por las esquinas una estera, en la cual reposaba, con los ojos cerrados, muy propia en su papel de difunta, la decana del taller, la respetable señora Porcona. Así colocadas y con extraño silencio, recorrieron los talleres, dando no sé qué aspecto de aquelarre á la bulliciosa fiesta. Al punto recibió título aquella nueva y lúgubre comparsa; llamáronle la *Estadéa*, nombre que da la superstición popular á una procesión de espectros.

Diríase que el mago Carnaval, con pode-

roso conjuro, había desencantado la Fábrica, y vuelto á sus habitantes la verdadera figura en aquel día. Muchachas en las cuales á diario nadie hubiese reparado quizá, confundidas como estaban entre las restantes, resplandecían, alumbradas por una ráfaga de hermosura, y un traje caprichoso, una flor en el pelo, revelaban gracias hasta entonces recónditas. Y no porque la coquetería desplegada en los disfraces llegase al grado que alcanza entre la gente de alto coturno que asiste á bailes de trajeés y suele reflexionar y discurrir días y días antes de adoptar un disfraz—habiendo señorita que se viste de *Africana* por lucir una buena mata de pelo: ó de *Pierrette* por mostrar un pieccecito menudo;—no por cierto. Semejantes refinamientos se ignoraban en la Fábrica. Ni á las viejas se les daba un comino de enseñar en la fuga del baile la seca anatomía de sus huesos, ni á las mozas un rábano de desfigurarse, verbigracia, pintándose bigotes con carbón. El caso era representar bien y fielmente tipos dados; un mozo, un quinto, un estudiante, un grumete. Habíalas con tan rara propiedad vestidas, que cualquiera las tomaría por varones; las feas y hombrunas se brindaban sin repulgos á encajarse el traje masculino, y lo llevaban con singular desenfado. Y de un extremo á otro de los talleres, entre el calor creciente y la broma y bullicio que aumentaban, corría una oleada de regocijo, de franca risa, de diversión natural, de juego libre y sano; una afirmación enérgica de la feminidad de la Fábrica. No cohibidas por la presen-

cia del hombre, gozaban cuatro mil mujeres aquel breve rayo de luz, aquel minuto de júbilo expansivo situado entre dos eternidades de monótona labor.

Hacia las cuatro de la tarde no había ya la algazara y bulla en las salas; todo el mundo perecía de calor; á las disfrazadas de aldeanos las ahogaba su traje de paño, y se apoyaban, descoyuntadas de tanto reír, molidas de tanto bailar, roncadas de tanto canticio, en los estantes, abanicándose con la montera. La Comadreja, que ya no sabía cómo procurarse un poco de fresco, tuvo una idea.

—Si nos dejasen armar un corro en el patio, chicas, ¿eh?

Pareció de perlas la ocurrencia, y salieron al patio de entrada, y de allí al árido campillo colindante, perteneciente también á la Fábrica. Estaba el día sereno y apacible; el sol doraba las hierbas quemadas por la escarcha, y se colaba en tibios rayos oblicuos al través de los desnudos árboles. El ambiente era más templado que otra cosa, como suele suceder en el clima de Marineda durante los meses de Febrero y Marzo. Al desembocar en el campo la alegre multitud, huyeron espantadas unas cuantas gallinas y algunos borregos sucios y torpes, que correteaban por allí y eran los únicos pobladores del mezquino oasis, limitado de una parte por la vetusta tapia, de otra por cobertizos atestados de fardos de vena, y de otra por el taller de cigarros peninsulares, aislado del edificio de la Granera. Al punto se for-

maron dos corros con más espacio que arriba, y la frescura de la tardecita restituyó las ganas de bailar á las exhaustas máscaras.

¡Oh, si ellas hubiesen sabido que desde las próximas alturas de Colinar las miraban dos pares de ojos curiosos, indiscretos y osados! De la cima de un cerrillo que permitía otear todo el patio de la Fábrica, dos hombres apacentaban la vista en aquel curioso cuanto inesperado espectáculo. Uno de ellos rondaba muchas veces las cercanías de la Granera, pero nunca en aquel predio había visto más seres vivientes que canteros picando sillares de granito y aves de corral escarbando la tierra. Baltasar ignoraba los detalles del Carnaval de las cigarreras, y apenas entendería lo que estaba viendo, si Borrén, mejor informado, no se tomase el trabajo de explicárselo.

—Generalmente, estas mascaradas son de puertas adentro; pero hoy, como hace calor y el día está bueno, salen al fresco á bailar... ¡Qué casualidad, hombre!

—Casualidad es, tiene V. razón. En todas partes he de encontrármela.

Y al decir así, señalaba el teniente al corro de los grumetes. Mientras los paisanos punteaban y repicaban un paso de baile regional, los grumetillos habían elegido el *sapateado*, donde la viveza del meridional bolero se une al vigor muscular que requieren las danzas del Norte. Bien ajena á que la viese ningún profano, puesta la mano en la cadera, echada atrás la cabeza, alzando de tiempo en tiempo el brazo

para retirar la gorrilla que se la venía á la frente, Amparo bailaba. Bailaba con la ingenuidad, con el desinterés, con la casta desenvoltura que distingue á las mujeres cuando saben que no las ve varón alguno, ni hay quien pueda interpretar malignamente sus pasos y movimientos. Ninguna valla de pudor verdadero ó falso se oponía á que se balancease su cuerpo siguiendo el ritmo de la danza, dibujando una línea serpentina desde el talón hasta el cuello. Su boca, abierta para respirar ansiosamente, dejaba ver la limpia y firme dentadura, la rosada sombra del paladar y de la lengua; su impaciente y rebelde cabello se salía á mechones de la gorra, como revelación traidora del sexo á que pertenecía el lindo grumete—si ya la suave comba del alto seno y las fugitivas curvas del elegante torso no lo denunciasesen asaz. Tan pronto, describiendo un círculo, hería con el pié la tierra, como, sin moverse de un sitio, *sapateaba* de plano, mientras sus brazos, armados de castañuelas, se agitaban en el aire, y bajaban y subían á modo de alas de ave cautiva que prueba á levantar el vuelo.

XXIII

EL TENTADOR

AL descender de su observatorio, echados por las sombras de la noche, que envolvían el patio de la Fábrica y cubrían la estruendosa retirada de las cigarreras vestidas ya con sus trajes usuales, Baltasar iba silencioso y concentrado, Borrén muy locuaz. El bueno del capitán no cabía en sí de gozo, ni más ni menos que si la aventura de ver bailar á la Tribuna le importase á él directamente. Hay en el mundo aficiones y gustos muy diversos; éste chochea por monedas roñosas, aquél por libracos viejos, el de más acá por caballos y el de más allá por sellos y cajas de fósforos... Borrén había chocheado, chocheaba y chochearía toda su arrastrada vida por la hermosura, encantos y perfecciones de la mujer. Había adquirido para conocer la belleza, y sobre todo, el atractivo, ese golpe de vista, ese tino especial que permite á los expertos, sin ejercer ni dominar las artes, apreciar con exactitud el mérito de un cuadro, el estilo de un mueble, la época de un monumento. Nadie como Borrén para des-

cubrir beldades inéditas, para predecir si una muchacha valdría ó no "muchas pesetas," andando el tiempo, y decidir si poseía la quisicosa llamada *gracia, salero, gancho, ángel, chic, buena sombra*, y de otros mil modos—lo cual prueba que es indefinible.

La originalidad del caso está en que con toda su afición á las faldas, y sus profundos conocimientos de estética aplicada, no se refería de Borrén la más insignificante historieta. Viviendo siempre en una atmósfera fuertemente cargada de electricidad amorosa, nunca le hirió la chispa. Practicaba, en materia de amoríos, el más puro y desinteresado *altruismo*. Si no podía andar entre las muchachas asegurándolas que Fulanito se alampaba por ellas, ó que Zutanita se moría por sus pedazos, se arrimaba á los jóvenes, calentándoles los cascotes, encendiéndoles la sangre, hablándoles del pié de tal chica:—hombre, un pié que me cabe en la palma de la mano—ó del color de cual otra—hombre, si parece que se da agua de Barcelona, y no, me consta que aquéello es natural.—Borrén sabía de las criadas que llevan y traen cartitas, de los paseos retirados donde es fácil tropezarse cuando hay buena voluntad, de los peladeros de pava, de las butacas que en el teatro ofrecen más comodidad para *hacer el oso*; era el primero á olfatear los trapicheos, las bodas, los escandalillos y los *truenos* incipientes. No era Borrén un casamentero, porque, generalmente hablando, el casamentero se propone un fin moral, y á Borrén la moral—hombre, con fran-

queza—le tenía sin cuidado. Si el cuento acababa en nupcias, bien, y si no, lo propio; Borrén hacía *arte por el arte*; el amor le parecía objeto suficiente de sí mismo.

Para todo enamorado de Marineda, especialmente si pertenecía á la guarnición, el complemento de la dicha era esta idea:—Voy á contárselo á Borrén.—Y Borrén, como un espejo complaciente, de los que *hacen favor*, le devolvía la imagen de su felicidad, no exacta, sino aumentada, embellecida, multiplicada, radiante.—Vamos á pasearle la calle á la novia—le decían sus amigos cogiéndole del brazo.—Y Borrén giraba tardes enteras delante de una manzana de casas, parafraseando las observaciones de algún amador novel que exclamaba:—“Ya alzó el visillo... se asoma... no, es la hermana... ahora sí... cómo me mira... ¡hola! tiene la mantilla puesta...” —Jamás mostró Borrén cansarse de su papel de reflector y comentar; y cuenta que las chicas, guiadas por infalible instinto, le trataban como se trata á los inofensivos y á los mandrias; aunque él se derretía, acaramelaba y amerengaba todo, jamás le tomaron por lo serio.

Baltasar no le había buscado para confidente; Borrén se ofreció, y es más, atizó el incendio, echó leña á la hoguera con sus frases de pólvora y dinamita. Aquella tarde, cuando juntos bajaban hacia la ciudad, el más animado, el más exaltado era Mefistófeles; Fausto callaba, meditando en lo comprometidos y engorrosos que son ciertos enredos en poblaciones de pro-

vincia, donde uno tiene madre y hermanas. Mefistófeles, ¡pobre diablo!, no se cansaba, entre tanto, de ponderar los primores del grumete. Cada vez que el confidente y el enamorado pasaban cerca de un farol, la luz se proyectaba en la fisonomía de Borrén, siempre movida, agitada y descompuesta, cómica á pesar del exagerado carácter viril que á primera vista le imprimían los cerdosos mostachos, las pobladas cejas y la prominente nuez. En su aspecto, Borrén era semejante á los guardias civiles de madera que suelen colocarse en el frontispicio de los hórreos y molinos del país: á despecho de sus bigotazos formidables, bien se les conoce que son muñecos.

—Dígole á V., Borrén— exclamó Baltasar, resolviéndose por fin á formular en alta voz su pensamiento— que no comprende V. lo que es Marineda... ni lo que es mi madre. Me resultarían mil disgustos, mil complicaciones... Aborrezco los escándalos.

—¡Hombre, qué juventud tan sosa son Vds.! Parece mentira que habiendo visto lo que vimos...

—No me conviene, lo dicho; me alegraré de que me destinen á cualquiera parte. Si me quedo aquí, es fácil... Y después, ¿sabe V. lo que es esa Fábrica? Una masonería de mujeres, que aunque hoy se arranquen el moño, mañana se ayudan todas como una legión de diablos. Me desacreditarían; me crearían un conflicto.

—No le hacía á V. tan medroso.

La verdad, Borrén; tengo más miedo á las

hablillas, si cuadra, que á un balazo. Será una tontería, pero me fastidia infinito ser el héroe de la temporada.

—Vamos, hombre, franqueza. V. también recela verse envuelto en las redes de esa chica, y tener que casarse...

Baltasar sonrió sin afectación, pero con tal señorío de sí mismo, que Borrén se encogió de hombros.

—Pues entonces...

—Por un lado, sí, lo acierta V.; soy un majadero en abrigar tales escrúpulos. Pasa uno así los mejores años de su vida, y ¿qué? llega uno á viejo sin haber vivido...

Aquí el teniente se detuvo; una idea burlesca le impulsaba á sonreirse otra vez, pensando que el capitán se hallaba justamente en el caso de declinar hacia la edad madura sin tener qué ofrecer á Dios ni qué contar al diablo. Borrén, entre tanto, aprobaba calurosamente las últimas palabras de Baltasar, las desenvolvía, las consideraba desde nuevos aspectos; en suma, soplaba á fin de que la llama prendiese mejor. Tan bien desempeñó su oficio mefistofélico, que Baltasar convino en reunirse al día siguiente con él para meditar un plan de ataque que debelase la republicana virtud de la oradora. Pero al acudir á la entrevista, que era, por más señas, en el terreno neutral del café, Borrén conoció que Baltasar traía alguna extraordinaria nueva.

—Ya no hay necesidad de concertar planes— declaró el teniente con forzada risa.—¿No se lo

decía yo á V.? Me destinan allá... á Navarra. La cosa anda mal.

—¡Bah!... Cuatro bandidos que salen de aquí y de acullá; hombre, partidillas sueltas.

—Partidillas sueltas... ya, ya me lo contará V. dentro de unos meses. El cariz del asunto se pone cada vez más feo. Entre esos salvajes que quieren entrar en burro en las iglesias y fusilan por chiste las imágenes, y los otros caribes que cortan el telégrafo y queman las estaciones... verá V., verá V. qué tortilla se nos prepara. Aquí nadie se entiende. ¡Mire V. que hasta Montpensier, que parecía formal, meterse en ese desafío estúpido! El quería ser rey; pero el haber matado al perdis de su primo le cuesta la corona y á nosotros un ojo de la cara, porque como no venga Satanás en persona á arreglarnos, no sé lo que sucederá... Déme V. un cigarro... si lo tiene V. ahí.

Borrén le alargó la petaca, y Baltasar encendió nerviosamente un pitillo.

—Vamos, ¿cuántos candidatos dirá V. que hay al trono?—prosiguió, echando leve bocanada de humo al techo.—Vaya V. contando por los dedos, si la paciencia le alcanza. Espartero... uno. Dirá V. que es un estafermo; bien; pero los restos del partido progresista, todo cuanto gastó morrión, y algunos chillados de buena fe, le aclaman. ¿No ha visto V. en las tiendas el retrato de Baldomero I con manto real? El hijo de Isabel II, dos; su madre abdicó ó abdicará. Ese, al menos, representa algo; pero es un rapaz; para jugar á la pelota servi-

ría. El Pretendiente, tres.. y mire V., lo que es ése dará mucho juego; ya empieza todo el mundo á llamarle Carlos VII. Reune él solo más partidarios que todos los demás juntos, y gente cruda, de trabuco y pelo en pecho. El duque de Aosta, un italiano... cuatro. Un alemán que se llama Ho... ho... en fin, un nombre difícil; los periódicos satíricos lo convierten en *Ole, ole, si me eligen...* cinco. La regencia trina... seis, ó, por mejor decir, ocho. Y Angel I... nueve. ¡Ah! Se me olvidaba el de Portugal, que anda remiso... y Montpensier. Once. ¿Qué tal?

—Pero... así, candidatos formales... ¡Mozo, café y cognac!

—No, gracias, lo tomé en casa... Claro: candidatos serios, por hoy, Don Carlos y la república. El caso es que entre todos no nos dejarán hueso sano... Por de pronto, yo me las guillo. ¿Quiere V. algo para aquellos vericuetos?

—Hombre... ¡qué lástima! Ahora que íbamos á emprenderla con la pitillera, que es de oro!

—¡Pchl... Si algún trabucazo no lo impide... á la vuelta.